

Díos no muere jamás

Es solemne la hora! Ruge un sordo lamento
en la antena del cosmos. Son recónditas voces.

Un tropel de herraduras al rodar con el viento
lleva en ancas las lanzas de las hordas feroces...

Van los Cuatro Jinetes en sus bestias veloces
destrozando impasibles a coces la Creación
porque aunque en sus entrañas no late un corazón
tienen la audacia enorme de enfrentarse a los dioses.

Se entronizó la era del plomo y del acero;
se acata sólo la orden que sale de la espada;
el mundo es del que sepa volar en bombardero;
quien no maneje un rifle que no reclame nada.

Mil bocas de fuego que se abren al viento
vomitando incendios desde el cielo mismo:
bocas infernales que del pensamiento
del hombre salieron como de un abismo.

La tierra brama loca mostrando las entrañas:
mostrando huesos rotos por la sangrienta herida
que afecta montes, mares, desiertos y montañas
y en cada esfuerzo siente que se le va la vida.

No se conoce nada que pueda darle al hombre
el sentido profundo de todo noble ideal;
siempre busca cambiarle a cada cosa el nombre
y con falsa etiqueta cambia el bien por el mal.

El Arte, despojado de su esplendor fecundo
fué un instrumento de odio, de destrucción, de guerra
y en un esfuerzo vano por redimir al mundo
cavó una inmensa tumba donde enterró a la tierra.

La ciencia es un sudario de muerte, sangre y luto
porque intentando ansiosa cambiar la humanidad
fué tanta su torpeza que en menos de un minuto
la hundió en la noche eterna de la fatalidad.

Audaz se alzó la química sobre la metafísica,
quiso darle a la tierra constelaciones bellas
pero los artefactos de su taller de física
no estrellas sino rayos, le dieron y centellas.

Es el azote justo que sus soberbios técnicos
merecían en su intento de apresurar la Historia,
y al engañarse viendo sus juegos pirotécnicos
cayeron al infierno de su ilusoria gloria.

Mejor con Kant, con Hegel, con Kreutze y con Leibnitz.
buscando poco a poco los oasis del saber
porque el Desierto es grande, la Razón un mentís
y sin Razón la ciencia no es fuente de saber.

En esta noche horrible los faros están lejos—
los faros—los filósofos: artífices de Dios
que hacen santuarios de oro con credos y consejos
donde habla el infinito con sacrosanta voz.

Ahora no: la sombra: la eterna maldición:
un pulular de sombras entre la sombra misma
dejando sólo a trechos brillar la destrucción.

Un desfilar perenne de poderosas alas
recorriendo veloces la sima en que se abisma
el choque de las armas, las trágicas bengalas
que se encienden, se apagan, se vuelven a encender
y al encenderse matan y al apagarse espantan.

Cada luz un disparo, una muerte... A qué nacer
si sin crecer, la vida las balas arrebatan?

Ahora no: la sombra ¡La eterna maldición!

Un huracán de hierro ¡Desolación y ruina!

Crepita en los espacios la gran conflagración!

El mundo es un incendio que quema y no ilumina:
un incendio de vidas que con desdén perverso
cárdenas lenguas alza en trágica espiral
y al abrasar los astros sacude al Universo
con la intención sacrílega de uncir a Dios al Mal.

Voces bélicas bárbaras rugen por todas partes.

Huyen amedrentadas las gaviotas y el mar
cambia puertos y barcos por áureos estandartes;
y como regocijados porque van a pelear
los hombres ya no miran los astros en la altura
porque ciegos de furia no pueden acatar
que los domina el vértigo fatal de la locura.

Los monumentos regios de mármol; los palacios
de oro y marfil labrado confunden sus escombros
y vuelan en pedazos rasgando los espacios
sin que ningún Atlante los pueda alzar en hombros.

Ni primorosas garzas ni cisnes en el lago,
ni entre las ramas cruje la seda de las plumas,
ni más rumor de fiesta del plenilunio vago
cuando la luna viste de plata las espumas.

Ni quieren las penumbras como en las noches bellas
de marzos y diciembres, de abril y de enero
abrir sus amplias arcas para que las estrellas
decoren las lagunas y alumbren los senderos.

No las solemnes horas donde los sentimientos
derrochan entre músicas sonrisas de alegría
mientras entre las copas juegan los pensamientos
con las burbujas rubias del vino de la orgía.

No la cadencia púdica del talle fino y breve
mostrando con las combas de gasas vaporosas
una corola exótica de pétalos de nieve
entre la fiesta de alas, de ritmos y de rosas.

No la ternura, el canto, el beso en el hogar;
no un despertar dichoso ni la ilusión de un vuelo;
no el lino de la vela que rasga tersa el mar;
no entre celajes de oro la comba azul del cielo.

No la cumbre en el alba dándole sombra al llano,
ni la sutil belleza del azulado monte
donde con regocijo caminan de la mano
el alma y la esperanza buscando un horizonte...

No el altar de la sierra donde sonríe el bohío,
donde el arado escribe versos en surcos de oro
y la maciza estrofa del pardo caserío
vibra en la vida activa como un himno sonoro...

Busca el alma en el fondo de su mundo y se asombra;
triste espera en la sombra de su propio dolor;
interroga a los astros de su cosmos interno;
cada nube de pena la hace huir de la sombra;
interroga temblando hasta al mismo pavor;
interroga al martirio de su trágico infierno
donde el fuego se ensaña requemando su herida;
interroga a las zarzas de sus sueños perdidos,
a las flores marchitas de sus muertas pasiones
cuando creyó, insensata, que el rosal de su vida
sería una cornucopia de eternas ilusiones.

Interroga al abismo de sus deseos fallidos,
al barro luminoso donde marcó sus huellas
cuando al compás del ritmo sereno de las cosas
iba sobre las alas de lindas mariposas
armando jaulas de oro para cazar estrellas.

Interroga a las rocas de su incredulidad,
ya contrita, pidiendo con lágrimas perdón
para salir de aquella terrible soledad
donde palpita ansioso su mustio corazón.

Y desde las tinieblas donde se gesta el rayo,
donde el dolor no existe ni existen bien ni mal,
surge un hermoso lirio de fulgurante tallo

que ilumina las fuentes sublimes del ideal,
y en su corola mística de pétalos brillantes
el alma atormentada leyó esta luminosa
sentencia escrita en oro y en rútiles diamantes:

“La guerra entre los hombres no modifica el Caos.
El mundo es sólo un punto y el Universo es Dios.
Dios no muere jamás porque está en toda cosa”.

José Francisco Villalobos Rojas

Alajuela, marzo de 1944.

La justicia social

La Justicia, tomada en su sentido exacto, es una virtud esencialmente social, que regula las relaciones entre los hombres, o sea: lo debido—a otro—según igualdad.—

De donde resulta el triple elemento constitutivo de la noción exacta de la justicia: en primer lugar, la reciprocidad, y por lo mismo, la distinción física o moral de los dos términos de la relación, que siempre está incluido en lo justo; en segundo lugar, la obligatoriedad, es decir, el deber de una determinada persona que responda al derecho de otra; y en tercer lugar, la igualdad bajo sus diversas formas, según las distintas ramas de la justicia, o sea el límite preciso al cual debe alcanzar el deber, límite que es el justo medio (1).

Estos son los elementos reunidos en la definición aristotélico-tomista.

“Justicia—dice Santo Tomás—perpetua et constans voluntas est jus suum unicuique tribuendi;—vel—Est habitus, secundumquem aliquis, constanti et perpetua voluntate, jus suum iniquique tribuit” (2).

Por consiguiente, la justicia es un hábito, o sea, una virtud, porque, como las demás virtudes, ordena las acciones humanas conformándolas con los dictámenes de la recta razón.

El objeto propio de esta virtud es atribuir a cada uno su derecho propio.

Siendo hábito, la justicia debe también revestir el carácter de estabilidad, firmeza y voluntariedad de las acciones virtuosas.

Justicia conmutativa y distributiva

La justicia, mientras conserve siempre su fondo, que consiste en atribuir a otros su derecho, puede asumir caracteres distintos, formando así lo que se llaman las partes subjetivas de la justicia. Veamos dos por el momento.

(1) p. Valentín Panzarasa S. S. Justicia Social, pág. 21.

(2) II a IIae. quaestion 58, art. 1.